

Las loables

Ethel Ballesteros¹

Cualquiera que posaba sus ojos en él solo veía a un hombre apasionado, apaciguado por la frialdad de los años y la crueldad de los tiempos, porque la vitalidad de aquel hombre de pobres cabellos, se había extraviado entre el llanto ese día en que le anunciaron que la lluvia ahogada y el granizo descompuesto perforaban sus “loables”, nombre que él le había otorgado a unas tejas fabricadas a mano a base de barro sin coser y arcilla de las mejores rocas del norte de un pueblo de nombre tan largo que en los días de su fundación y como el guión aún no se usaba en documentos públicos, fuera necesario acudir a las mujeres del pueblo para que, por turnos, tejieran las 1840 hojas de más que se requirieron para escribirlo.

La nueva era estaba impregnada por un tono gris y sombrío, una mezcla de grava mal seleccionada y una arena que según afirmaban los nuevos, se endurecía con el agua y venía a reemplazar el color rojo inspirador de las “loables”. Acaso creen que sus goteras imaginarias y sus tristes aguaceros son suficientes para deteriorar la entereza de mis tejas. ¡Irreverentes!, ¡blasfemos!, pero no los culpo, son sus madres las que olvidaron contarles la historia de cómo 38,5 habitantes de 2 pueblos se salvaron gracias a la resistencia de estas tejas. Aquella lluvia extraña que corroía la carne, perforaba los huesos, consumía árboles y disolvía metales, no fue lo suficientemente voraz para atravesarlas, 38 quedaron completos, solo un hombre quedó a medias, quien desconcertado corrió como una cabra a ocultarse debajo de los árboles, protectores que se desvanecieron sin oponer resistencia, si tan solo hubiera permanecido como las loables, firmes y tranquilas, no hubiera perdido sus piernas, sus muslos y dios sabrá

¹ Egresada del programa de Licenciatura de Humanidades e Idiomas de la Universidad Libre. Correo electrónico: eth_38@hotmail.com

si su virilidad también se fundió con el río. Pero de algo estoy seguro, ese hombre jamás olvidará el rostro de la mujer que salvó lo poco que quedaba de su espíritu, una mujer que arriesgando su vida corrió hacia él, sosteniendo sobre su cabeza una teja roja que brillaba como si emanara luz propia, una promesa de vida que lo cobijo los tres días que duró la tormenta de Sabina, nombre que le dieron en honor a la valiente fémina.

En el momento en que sus cavilaciones lo hacían dudar de la veracidad de los hechos tal y como los relataban sus adentros, una confusión de ruidos retumbo en sus sesos y el viejo de pobres cabellos y pensamientos vacilantes fue testigo de cómo los sonidos que invadían su cabeza se dilataban, transportándose al plano donde se encontraban sus congéneres. Ese día se otorgó licencia alejándose de la planta con la única compañía de sus entrecortados suspiros.

Mientras recordaba cómo intercalar un pie con el otro, encontró en sus uñas los vestigios de otros tiempos, unos cúmulos de arcilla que le daba a sus dedos una tonalidad rojiza. Por impulso, introdujo cada uno en su boca. Mientras los amasaba, la succión se hizo cada vez más pronunciada e involuntaria y cuando su cuerpo supero la voluntad de su espíritu, sintió como su mano siniestra bajaba por su garganta, acariciaba su glotis y afinaba sus cuerdas vocales. En los primeros

instantes, el placer ahogaba el sufrimiento, pero cuando su muñeca se deslizo hasta sus pulmones, respirar se hizo un desafío que oscilaba entre el estertor que retumbaba en sus adentros y la aspiración de los minúsculos trozos de arcilla que laceraban todo lugar donde se posaban. Barahúndas de sangre, uñas, dedos, venas y sobre todo arcilla inundaban la tráquea, los bronquios perecieron y la mezcla suntuosa empezó a invadir cada uno de los lóbulos. La angustia le hizo recoger sus pasos, pero la vergüenza de que los nuevos presenciaran la corrupción de su semblante lo llevo a precipitarse por la puerta donde ingresaba la materia prima, su rostro se tornó macabro y pálido como consecuencia, no de la intromisión de la arcilla en su aurícula izquierda, sino de la ausencia absoluta del extracto de las piedras del norte, que remplazadas por toneladas de grava y arena sin principio, se veían relegadas, o porque no decir, resignadas a una esquina que superaba el olvido. Se acercó dubitativo al rescollo de su bien amado, y con la mano que aún no se declaraba una entidad aislada, moldeó sus esperanzas y le dio forma a sus lívidos con la asistencia de un poco de agua, un molde, una prensadora y un horno oxidado que se calentaba más a sí mismo que a su contenido. Con dificultad mantenía los ojos abiertos, que con cada parpadear lo aproximaban al letargo eterno, cuando la sostuvo en su mano le pareció más roja y loable que todas las predecesoras y si su siniestra no hubiera interferido, le hubiera persignado los besos de amor más limpios y dulces, pero viéndose incapaz de hacerlo empezó, este hombre viejo, a introducir su loable por encima de la mano obstáculo hasta su úvula y reptando se abrió campo entre los espacios ya ocupados por el codo y el antebrazo, en el momento en el que el lado izquierdo de la teja alcanzo la uña del dedo anular que acariciaba el ventrículo derecho, el viejo se supo muerto y empujo con todas sus fuerzas la teja, su loable. Y con un paro arcillezcamente rojo pensó para sus adentros “Espero que esta historia no la olviden contar las madres de futuros tiempos”.